

ELOGIO DEL SALON DE TE *

El salón de té inglés desempeña ahora una función nueva, de incalculable valor. Reemplaza, en cierto modo, al restaurante y, para los que gozan de buen apetito, es un medio de suplir al racionamiento con lo que aquí llaman *hightea*. El *hightea* congrega a un público numeroso, de calidad pintoresca, se encuentra un amable refugio contra el frío a la vera de una cálida atmósfera, que contrasta con los dos o tres grados bajo cero que registra la temperatura de los recientes días. Londres, Glasgow, Edimburgo y otras ciudades poseen un número respetable de estos salones, donde, por una suma módica, que no pasa, por lo general, de los tres chelines, se satisfacen las necesidades imperiosas del estómago, mientras llega el momento de la comida, que se hace a horas des acostumbradas para nosotros los sudamericanos. Los ingleses asisten a esos recintos con un recogimiento religioso, que no es usual en nuestras tabernas, donde el "cacho" escandaliza los oídos e impide conversar como en los cafés europeos. El salón de té ha crecido con la última guerra y, para muchas gentes de pocos recursos, reemplaza a las comidas con un condumio más frugal, compuesto de pescado, salchichas, sandwiches, dulces y unas cuantas tazas de té, que por ahora no parecen estar racionadas.

El té acompaña a los ingleses lo mismo que a nuestros criollos el vino y los licores. Todo podrá estar menoscabado, disminuido y sometido al cuentagotas de una política económica y alimenticia dirigida, pero el té se

* *La Nación*, Santiago, sábado 29 de marzo de 1947, pág. 3.

escapa, por arte de magia, a esta avaricia del Estado, que es el Minotauro de los tiempos modernos.

No concibo a los ingleses, ni siquiera a su literatura, sin semejante culto, al cual vivo acostumbrado, y que en estos días dismula muchas penurias y reemplaza otros gajes gastronómicos de mayor consistencia. El té tiene una substancia espiritual, cuyo fluido ha servido de motor a la ardorosa imaginación de los anglosajones. No comprendemos, a menudo, la diferencia punzante que hay entre estas mujeres, que tratamos en los hoteles, los teatros y los restaurantes, con las sofisticadas hembras de David Lawrence, o con esas tremendas devoradoras de carne humana que brotan de las novelas contemporáneas inglesas. Muchas veces atisbamos lo que puede dormir en el fondo de tales rostros o en la superficie de las imágenes que nos acompañan en el metro, en los tranvías y en los poblados sitios públicos de estas enormes ciudades. Pero en el salón de té vemos y sentimos algo más humano, un acercamiento más esencial entre la psicología mestiza que poseemos y la glacial exterioridad erigida e impuesta por las costumbres inglesas. El salón de té inclusive sirve para hacer amistades y encadenar *flirts*, que una sucesión de compañías diarias en el mismo lugar tornan algo natural y simpático. Es también un modo de matar el tiempo y calentar el cuerpo en momentos duros en que las restricciones del *fuel* obligan a huir del hotel y a caminar soliviantadamente por entre la nieve y el ceno. Inevitablemente entonces se desemboca en el salón de té, y cada uno se acostumbra a buscar el que le resulte más adecuado a su psicología o donde halle un ambiente más familiar. Cuando los teatros presentan obstáculos y dificultades, y las enormes colas hacen desistir de un entusiasmo, queda siempre el recurso de introducirse en uno de los suaves refugios y matar las horas honestamente.

Es imposible para nosotros, los sudamericanos, acostumbrados a una prodigalidad, apacentada por la política, concebir las condiciones penosas de la existencia del hombre medio europeo. De ahí que los crímenes y las violencias significan una evasión tremenda que, día a día, ponen a prueba los nervios de la policía y aguzan su olfato. El tedio de vivir, el aburrimiento, la excitación promovida por los bombardeos aéreos, la transición entre esos horrores y el actual período de reconstrucción, han dejado un número temible de individuos de ambos sexos, que forman la hueste sombría del delito, la cohorte siniestra de los *outlaws*. En otra oportunidad hablaremos de estas cosas y espigaremos en el profuso archivo formado en ratos de ocio con los más espectaculares sucesos del crimen. Por ahora volvamos al remanso de los salones de té, en cuyo ancladero hemos trabado amistades, hemos aprendido a conocer a los ingleses y recogido singulares observaciones. No deja de llamar la atención, entre otras cosas, la gran cantidad de viejas que dan colorido y carácter a los sitios concurridos de Londres. Las viejas en América apenas salen de la casa, y con el mal tiempo se encierran a piedra y lodo entre sus comodidades. Aquí es al revés; en los trenes y restaurantes, en los teatros y en los *buses* se encuentran millares de ancianos de ambos sexos, entre los cuales sobresalen, por sus indumentarias de invierno, las aññadas viejas, que exhiben prodigiosas maletas, en cuyos vientres hay de todo lo que Dios crió. Viajando, en días pasados, entre Edimburgo y Aberdeen, nos tocó ser la única nota masculina en un compartimiento en que había seis u ocho señoras de avanzada edad. Mientras expresábamos nuestro aburrimiento y cansancio con un bostezo, una de estas damas percibió rápidamente nuestra actitud, y, escarbando en su bolso, nos pasó pronto una revista. Observamos a hurtadillas su contenido, y luego vimos surgir de allí otras revistas y diarios, anteojos, un libro, un cuadernillo con los cupones de racionamien-

to, y mil objetos de la calidad más sorprendente. Son innumerables también las gentes de edad que viajan, que asisten a los teatros, que se mueven por todas partes, entre el frío y la ventisca de marzo. Pero donde admiramos los mejores ejemplares de tan vigoroso muestrario de la raza, es en el salón de té, mientras devoran sus trozos de arenque ahumado, sus *cakes* y sus salchichas. Inglaterra es un prodigioso escenario humano, que explica la fecundidad de su novela. Moviéndose por las ciudades, frecuentando los mercados y los comercios, entrando por las antiguas callejas, se siente todavía el perfume de Martín Chuzzlewit o se percibe un retardado eco de la vigorosa personalidad de Mister Pecksniff. No ha muerto todavía esa Merry England ni han desaparecido las virtudes esenciales de su pueblo, ahora tercaamente obstinado en pervivir, después de dos guerras desoladoras. La energía y el enjundioso interior de sus tipos humanos nos hacen pensar, quizá si arbitrariamente, en que la filosofía vital de los británicos ha sido modelada por el té, bebida de hombres sufridos y pacientes, licor que prende la imaginación y la conduce por los cielos del ensueño y de la meditación fructuosa. Entretanto, volvamos a un salón de té, porque se están helando las teclas y los pies parecen barras de hielo.

Londres, 14 de marzo de 1947.

LA RUINA POR EL TABACO *

Un proverbio ruso, ahora citado en Inglaterra, dice así: "*Vodka is cursed, tea is twice cursed, coffee and tobacco are thrice cursed*". O sea, "el vodka es abominable, el té es dos veces abominable, el café y el tabaco son tres veces abominables". El tabaco ocupa hoy un sitio importantísimo en las preocupaciones particulares y de los gobiernos europeos. Millones de libras inglesas, unas 400 aproximadamente, transformadas en dólares americanos, se volatilizan cada año, mientras la crisis económica y la escasez de divisas inquietan a los conductores financieros del Reino Unido. El problema tiene ángulos sentimentales, vetas financieras y alcances de simple humanidad. Durante los días de la guerra aumentó el número de los fumadores en proporciones fabulosas, hasta consumir cantidades astronómicas de cigarrillos y tabaco en rama, de ese que se utiliza en las pipas. El tabaco es una sangría cotidiana que gravita sobre los bolsillos y distrae parte de las reservas de dólares tan precarias en estos momentos. Pero, en compensación, ayuda y consuela, acompaña y fortifica, impulsa la creación artística y dinamiza la fantasía. Conocemos centenares de opiniones en favor y en contra del tabaco, desde la famosa de Ben Johnson, en *Every Man in His Humor*, hasta las de Charles Lamb, de Charles Kingsley, de Samuel Pepys y de Mark Twain. Los europeos han hallado en su suave remanso una minúscula zona de agrado que los empuja a los peores excesos y a los abandonos más culpables por conseguirlo. Las muje-

* *La Nación*, Santiago, sábado 12 de julio de 1947, pág. 4.

res de Berlín (lo leímos en un bien informado diario de Praga) se prostituyen por un montón de cigarrillos; los veteranos de guerra, con sus solapas cuajadas de honoríficas cintas, se agachan en las calles de París a recoger colillas, con gestos de cazadores expertos; las gentes de Viena nos solicitaban con ansiedad un pequeño obsequio de tabaco americano; en todo el Continente europeo se percibe la búsqueda afanosa de tan preciada materia, objeto de la especulación en el Mercado Negro y motivo de una plaga de contrabandistas.

Nada nos ha impresionado más que un pequeño dato, encontrado en el *Daily Mail*, de Londres, de 28 de mayo. Es una tragedia de esas que tanto menudean en el presente. George Dyer, de 73 años, anciano pensionado del gobierno, fue encontrado muerto en su casa, en South-street. Se hallaba ahorcado, y motivó su tremenda resolución el alza del tabaco, ordenada en esos días, para evitar la huida de los dólares. Una terrible depresión lo condujo a acabar con su existencia. El veredicto médico es lacónico. *Unbalanced mind*, o sea, el desequilibrio de la mente. Este George Dyer es uno de los millares de pobres diablos que recibió el desconcertante choque derivado de la brusca medida del Estado inglés, cuando éste subió de dos chelines cuatro peniques a tres chelines cuatro peniques el paquete popular de cigarrillos.

La guerra también extendió a las mujeres la zona del vicio que devora a la muy lacerada Europa. En los teatros de Londres, en los vestíbulos de los hoteles de Praga y Frankfurt, en las playas francesas, y hasta en la católica España de Franco se ven millares de hermosas damas o de otras, ya estragadas por el otoño de la vida, que fuman nerviosamente y encuentran en el tabaco una zona evasiva para sus penas y quebrantos morales. Los gobiernos tienen razón al percibir el drenaje de las divisas y este incendio lento de los dólares que tanto faltan para el azúcar, el café y los cereales. Pero hay médicos que se

han erguido en defensa de los fumadores, y sostienen la imperiosa necesidad de apiadarse de los que hallan un balsámico magnífico al quemar tabaco. En otros años, los moralistas divagaron extensamente en presencia de la novedad introducida desde el Nuevo Mundo por Sir Walter Raleigh, quien lo descubrió en Virginia, donde los nativos lo llamaban *appawoc*, para convertirse luego en el popular tabaco. Son divertidos y sugestivos los juicios que entonces provocó al enriquecer la fantasía europea y despertar la atención de escritores y letrados.

Ahora, el tabaco ha entrado en el campo de la economía, y suscita polémicas y temores de los financistas oficiales. El Convenio entre Inglaterra y los Estados Unidos, realizado a raíz del último préstamo hecho por este último país al gobierno del primero, contemplaba una cláusula que obliga a los fumadores del Reino Unido a consumir tabaco de Virginia. Los ingleses poseen extensas plantaciones y podrían, en los años venideros, proveer al consumo insular con la enorme producción de sus Dominios, pero los intereses americanos han levantado una barrera defensiva de su industria tabacalera. Mientras tanto, no se pudo hacer otra cosa más razonable que elevar el ya inaccesible precio de los cigarrillos y del tabaco para fumadores de pipa. Las consecuencias de tal impuesto se palparon pronto en lo que los médicos denominan "la psicosis del fumador". Muchos abandonaron los cigarrillos manufacturados y empezaron a fabricar los que consumen. Aumentó, también, el número de los que usan la pipa con el objeto de satisfacer un vicio de perspectivas sociales. El número de suicidios, de melancólicos peligrosos, de maniáticos depresivos, de pedigüños o de memorialistas que mandaron sus solicitudes al Parlamento, se tornó algo digno de la atención de los políticos, de los médicos y de los sociólogos. Europa está despojada de las valiosas divisas indispensables para mantener encendidas las chimeneas de millones de excitados. Los con-

trabandistas han empezado entonces a hacer su agosto y a buscar, con toda suerte de procedimientos ilícitos, la burla de los impuestos y de los controles aduaneros. El contrabando de tabaco es una antigua tradición mediterránea, que facilitó la fabulosa fortuna del discutido político franquista Juan March. En la actualidad, los grandes contrabandos se deslizan nocturnamente desde las playas normandas y bretonas hasta los estuarios ingleses. La policía británica aumenta su vigilancia, y son corrientes las menciones en los diarios de Londres y París a tan atrevidas empresas en que variados individuos juegan su libertad y se exponen a subidas multas, al presidio y al confiscamiento. Lo más conmovedor es presenciar en los puertos de España, en Calais, en Viena o en Alemania, el tono humilde y acongojado de los que solicitan cigarrillos ingleses o americanos. Muchas mujeres se entregan (como ya lo advertimos) ante la dorada sugestión de un paquete de Lucky Strike, de Camel o Philip Morris. La moral, agraviada en el siglo XVII, a raíz del vicio incorporado a otros menos intelectuales por el maravilloso caballero que fue Sir Walter Raleigh, sufre hoy lesiones mucho más violentas. La ruina por el tabaco ha determinado la drástica reacción del gobierno laborista de Inglaterra. En otros sitios, menos saturados de preocupaciones puritanas, el tabaco abre todas las puertas, aun aquellas inaccesibles que no lograron forzar antes ni el dinero ni los más sutiles artilugios.

LA COCINA NORTEAMERICANA *

Muchas experiencias y saludables rectificaciones a conceptos manidos o confusos provoca una estada, más o menos larga, en este país. Nunca dejaremos de medirlo con el rasero latino, y aunque se tema incurrir en peligrosos lugares comunes, hay que tocar siempre el punto odioso de su cocina y de nuestra dificultad para asimilarla. Pero pronto nos damos cuenta de que los propios norteamericanos se ocupan mucho en el asunto y añoran épocas más gloriosas o abundantes respecto a su dieta actual. La verdad es que en los Estados Unidos están alimentando a Europa, y ciertos observadores anotan el hecho de que algunos pueblos de ese continente presentan mayores halagos al ofrendar platos y raciones variados que los turistas yanquis encuentran mejores que los de su repertorio habitual. Hemos visitado, entre tanto, magníficos restaurantes en Nueva York, en Boston y en otros sitios, pero asistir a ellos con regularidad es un placer caro. En ningún punto de la tierra se leen más libros dedicados a la dietética, se ven más avisos de negocios o empresas de alimentación colectiva y se hallan más artículos culinarios o ensalzando las innovaciones que la técnica introduce, día a día, en la perfección de los manjares destinados al ciudadano común. Julio Camba, con marcado pesimismo, observó, hace años, que lo único realmente sensacional que el norteamericano había descubierto en el campo de la gastronomía era la goma de mascar. Sorprende que nuestros compañeros y amigos de aquí se ocupen a toda hora y en los lugares más absurdos de mover sus mandí-

* *La Nación*, Santiago, miércoles 3 de agosto de 1949, pág. 22.

bulas en la operación de triturar pasteles, sandwiches y entremeses donde una fantasía loca ha impreso su huella pintoresca.

Pero nadie protesta en los restaurantes o fuentes de soda en que se amontonan hoy las gentes, agobiadas por un calor deprimente. El ciudadano medio no concede aquí a la tarea gastronómica, ritualística en los pueblos latinos, un valor que no sea rutinario o marginal. Esto no implica ni escasez de elementos ofrecidos a la glotonería ni carencia de lugares en que se pueden disfrutar los encantos de la cocina española, italiana, francesa, mexicana, china, judía o cubana. Los avisos de los diarios son agotadores al respecto, y los ensayos que hemos hecho para variar nuestra dieta no alcanzan a aminorar la condición precaria del acto que analizamos en un medio donde siempre cien personas esperan que el sitio propio sea abandonado para ocuparlo en seguida. La existencia de un mundo febril como el de Nueva York o el de Washington, que es un genuino avispero burocrático, indica luego, al penetrarlo, que todos se encuentran apurados o haciendo un breve paréntesis cuando se acercan a las mesas de los bares, de los automáticos, de los restaurantes o de las fuentes de soda.

La carestía de la vida también ha revolucionado los hábitos alimenticios de este pueblo, y muchos empleados de las grandes urbes reemplazan la comida familiar, lenta y copiosa, de otras eras, por un parvo refrigerio o colación.

Es sorprendente, también, la paciencia de las gentes, la tranquilidad con que aguardan su turno, en forma que no toleran nuestros nervios, educados en la indisciplina iberoamericana. En una universidad, donde vivimos actualmente, todos critican la deficiencia de los almuerzos y cenas, pero nadie se atreve a encabezar una protesta colectiva, que sólo surgió en la vecina escuela francesa, escenario de discusiones y activas sátiras acerca de la alimentación de los estudiantes.

El contribuyente suele levantar su voz y denunciar con sorda irritación la munificencia gubernativa por atender a la miseria europea con fuerte tributo sacado a los bolsillos norteamericanos, pero este mismo hecho ratifica la solidez de la disciplina colectiva. El norteamericano, bajo su apariencia egoísta o despreocupada, encierra grandes tesoros de solidaridad humana y social. Es capaz de estrechar su cinturón si sabe que ello servirá a una causa que reportará beneficios a la comunidad. Es propenso a cambiar sus condiciones prósperas por momentáneas estrecheces o reducciones de la dieta. En nuestra universidad hay muchas gentes ricas que podrían estar veraneando en playas de lujo o en hoteles con aire acondicionado, pero prefieren pasar unas cuantas semanas estudiando a los clásicos castellanos y a los escritores hispanoamericanos, bajo las sabias directivas de Casaldueiro, de Navarro Tomás, de Abreu Gómez y de Eugenio Florit. Jorge Manach enseña aquí a un paso de nuestra cátedra, y el prestigioso filólogo que echó las bases de la fonética científica española se sienta frente a una frugal mesa en compañía de alumnos brotados de todas las clases sociales del país, desde millonarios de Nueva York hasta modestísimos profesores de Oklahoma y de South Dakota.

Queda un consuelo en medio de las dificultades actuales y de la permanente sangría de los bolsillos de los contribuyentes, y es la de añorar los tiempos pasados. *The New York Times* acaba de reproducir los tradicionales menús de los famosos restaurantes del siglo XIX en Nueva York y la lista de platos que ofrecía el carro comedor de uno de los primeros expresos que partieron desde Chicago hacia el sur. Por un dólar y medio se podía escoger en un abrumador conjunto de platos en que la carne de venado se mezclaba con seis clases de pescados y mariscos y variedades de guisos en que se combinaban los pichones, las aves de caza, el pavo, los faisanes y el caviar. Esto parece un sueño como esos que surgen de la pantalla al

resucitar ella el ambiente de opulencia californiano en la época del oro o los tiempos prósperos del Lejano Oeste.

Lo concreto es que cada vez disminuyen los encantos de la buena mesa y que la mayoría tiene que conformarse con una regulación alimenticia adecuada a los dinámicos momentos de crisis, tributos aplastantes y leyes obreras que reajustan los salarios insatisfactorios, como se acaba de demostrar en las recientes huelgas del acero, de los autobuses y de los trabajadores de los muelles".

La psicología de los norteamericanos es complicada, y por encima de lo que ellos creen una condición frugal de su carácter, sobrenadan muestras de que el hombre medio desconoce la autocrítica. Un médico ilustre dice, en un libro sobre dietética en los Estados Unidos, que es su territorio el lugar donde menudean los obesos, los enfermos del corazón y de la presión y los descontrolados en su alimentación. Es que quizá estas buenas gentes de tanto mascar automáticamente han olvidado el arte gastronómico y consumen una cantidad fabulosa de cremas heladas, chocolates, calorías supernumerarias y golosinas socavadoras de la salud en horas que no han programado racionalmente. Quizá con lo que se devora en Nueva York, Chicago, Boston y otras metrópolis fuera de los breves paréntesis de las comidas, habría para alimentar a varios pueblos de dieta reducida como la China y Alemania. El tema da para muchas reflexiones y tiene contornos sociológicos que no se escapan a la atención de los periodistas y de los hombres de ciencia. Es un gran asunto en que volveremos a insistir cuando la voráGINE en que vivimos ahora nos permita una pausa para pensar.

Nueva York, 28 de julio de 1949.

PERSONAS, COSAS Y CARACTERES *

Mientras los españoles y los criollos americanos son artistas en lo que concierne a matar el tiempo, aquí, en los Estados Unidos, el tiempo nos mata a nosotros. El verano disminuye la capacidad de trabajo y lo reduce al mínimo. Si alguien dijo que esto no era trópico, es porque nunca ha frecuentado el clima canicular de Nueva Inglaterra. Paisaje de égloga, pájaros maravillosos, desde el gordezuelo *robin*, el petirrojo, hasta los tenues gorrioncillos y unos remedos del canario chileno, decorados con gayas-plumitas. Vermont es el paraíso de los ornitólogos, y la madrugada, que aquí se anticipa, lo despierta a uno con el coro fantástico de una pajarería que desconoce el maltrato del hombre, y lo cerca en familiar ruedo por prados y jardines. Nada conmueve más que el amor de los norteamericanos, heredado de los ingleses, por cuanto signifique fauna que suavice la vida humana. Nadie maltrata a los pajarillos, y hay verdaderos maníacos de su protección y estímulo por medio de ligas de amigos de las aves, de visitas a los parques con el objeto de proporcionarles migas y alimentos variados. Nada diremos de las tiendas, que tanto menudean en Nueva York, y otras ciudades, donde se ostenta profusión de comidas, remedios y objetos destinados a los perros.

El observatorio de Middlebury College, casi en la misma aldea de Middlebury, en el Estado de Vermont, es magnífico por cuanto aquí existen cinco escuelas de idiomas, que pasan por ser las mejores del país. Y no es poco decir. Hay una española, en la cual resido; una rusa; una ale-

* *La Nación*, Santiago, martes 16 de agosto de 1949.

mana; una italiana y una francesa. Se oyen todos los idiomas, y en las tardes y noches hay conciertos en que se combinan las balalaikas eslavas, las castañuelas morunas y los *lieders* germánicos, a través de una galería de instrumentos y de voces. No menos de 1.200 estudiantes mezclan su fervor estudioso con un estilo de vida que deja lugar para divertirse, amar, pasear y cambiar ideas e impresiones con forasteros de las latitudes más increíbles.

El primer contacto con el norteamericano desconcierta y siempre tratamos de entenderlo desde nuestro punto de vista criollo. Expresa una apariencia ingenua, desconoce pesados prejuicios que florecen en nuestro suelo, y da la impresión de superficialidad displicente. Pero eso es sólo externo y muy pronto saca, desde muy adentro, otras reacciones, y cuando toma confianza con nosotros, acaba por conquistarnos. Los estudiantes han venido desde distintos sitios de los Estados Unidos. Hay millonarios de Boston y de Nueva York, calladas señoras ancianas que siguen cursos especializados sobre fonología hispanoamericana, y oyen atentísimas las explicaciones de autoridades en Gogol, en Puchkine y en Goethe, cuyo nombre resuena por todas partes con motivo del segundo centenario de su muerte. Ortega y Gasset acaba de partir hacia Lisboa, después de pasar una temporada en Aspern, Colorado, en cuya tranquila atmósfera un grupo de eminencias del pensamiento mundial han analizado el destino del hombre a la sombra del idealismo del maestro de Weimar.

El norteamericano medio ignora estas cosas, pero hay miles de individuos en este suelo que siguen con atención rigurosa el movimiento de las ideas y el ritmo de la cultura europea. Todos los días recibo consultas y preguntas sobre Chile, su política, sus escritores, su porvenir económico y sus habitantes. He hallado en la biblioteca de Middlebury College montones de libros de nuestra patria: las obras de Gabriela Mistral, de Pablo Neruda, de Pedro Prado, de Eduardo Barrios, de Mariano Latorre, están

allí mezcladas con otras de escritores más jóvenes y he podido tener a mano las indispensables citas de Juvencio Valle para completar una disertación acerca de la nueva poesía de la tierra ausente. En una subasta de libros recibí la sorpresa, también, de observar que se vendían obras de Sady Zañartu, de Jaime Eyzaguirre, de Juan Modesto Castro y de otros literatos chilenos. ¿Cómo pudieron llegar ellas hasta el apartado rincón de Vermont en que paso una temporada? La respuesta a semejante interrogación es sencilla. Se debió a la curiosidad tan bien encaminada y tan austera en sus preferencias de Juan Centeno, el español que durante varios lustros animara este vivero de pensamiento hispánico perdido entre las montañas verdes y vecino al Lago Champlain, donde pelearon indios con ingleses y franceses en los días coloniales. Juan Centeno reposa ahora, convertido en un montón de cenizas, en el contiguo cementerio protestante de Middlebury. No alcancé a conocerlo y me escribió muchas veces. Su última carta la recibí antes de salir de Chile. Ahora descansa para siempre su espíritu, después de haber sido cremado su cuerpo, reducido a un exiguo haz de polvo, en la comarca que fue su segunda patria, luego de haberse casado con una norteamericana y tener una hijita nacida en Vermont.

Mi capacidad de trabajo aumenta después de tomar contacto con gentes tan disciplinadas, pero siempre veo, con pavor redoblado, que no soy capaz de asimilar un ritmo vital tan desenfrenado. Aquí las horas de comer se atropellan. Soy uno de los pocos que hacen su siesta, debido a una prescripción médica y a la costumbre tan sabrosa de raíz hispanoamericana. Otros no entienden el agrado de nuestro sueño posterior a la comida del mediodía, abundante en leche y vitaminas, pero más moderada en lo tocante a capitosos estímulos. El estudiante norteamericano lee una barbaridad, devora libros por centenares, y quiere formarse pronto una idea del mundo con el cual, día a día, se estrechan más sus relaciones. Parece

tener la superstición del papel impreso, y mi trabajo es tremendo en lo que toca a advertirlo del peligro de las generalizaciones vertidas por ciertos libros venenosos, estilo Van Loon, Gunther u otros que no nombraremos.

El camino material entre ambas Américas se acorta vez tras vez, pero la distancia establecida por una política de rigor y torpeza mutua ha sido superada con creces por los inteligentes mentores de la Buena Vecindad. Un sudamericano halla hoy muchas posibilidades en este ambiente y recibe atenciones que lo comprometen moralmente, y que nunca significan el olvido de la saludable crítica. El universitario de aquí no es idéntico, en el fondo, al nuestro. Participa en las preocupaciones políticas, condena con violencia a los grandes capitanes de empresa, gruñe a menudo contra los impuestos y el militarismo, más aparente que real, de la Casa Blanca. Pero siempre supera a los hispanoamericanos en el equilibrio que da a su cuerpo, a través de un castigo casi ascético del mismo, por medio de la natación, de los baños de sol, del *baseball* y de otros deportes. Logra distribuir su tiempo con recursos ignorados por nosotros, y mantiene en época de crisis una atmósfera de relativo optimismo. No hemos visto tipos tan resentidos y tan ácidos como abundan en los centros universitarios de Sudamérica. No hay duda de que su técnica es superior y casi antagónica a la nuestra, de pueblos semicoloniales, dormidos todavía en el pasado y atentos a las sugerencias de su antojo y de su gana. La pobreza nunca es aquí un estado transitorio, y cualquier hortera tiene la posibilidad de ser millonario o enriquecerse bruscamente. En eso radica una diferencia más honda que lo que podemos pensar. En Hispanoamérica la pobreza es un estado de ánimo, algo que come la sangre, muy adentro, y se vierte en violenta reacción política y social. Aquí conocemos docenas de jóvenes que lavan platos, para seguir después sus estudios. En la Universidad de Harvard y en Middlebury College se hacen colectas para contribuir a un fondo de ayuda a los muchachos que

mientras esperan graduarse sirven a la mesa, y conducen los platos de los profesores y de sus compañeros. Esto no es deshonroso, y nadie lo mira mal. Nuestro señorío es más complejo, y abarca una concepción del mundo de raíz hispánica, mezclada a la molicie del criollo. Mientras el norteamericano edifica su moral en el utilitarismo, nosotros estamos soñando como caballeros.

Middlebury, Vermont, agosto de 1949.

ORIGENES LITERARIOS DEL SURREALISMO *

En 1956 enteraron sesenta años dos de los escritores más vinculados al nacimiento y desarrollo del surrealismo: Tristán Tzara, quien fundó en Zurich, en 1916, el movimiento Dadá; y André Breton, organizador oficial en 1924 del primer grupo surrealista, enriquecido por nuevos artistas y poetas. A medida que transcurre el tiempo, el surrealismo se va convirtiendo en historia, y brotan libros y exégesis destinados a investigar sus orígenes y desarrollo posterior. Tengo a la vista diversas obras de ese tipo; la muy original de Juan Roger, titulada *El Surrealismo Francés*; la vulgarizadora de Yves Duplessis, *El Surrealismo*, y dos de críticos españoles: la de A. Cirici Pellicer, *Surrealismo*, y la de Juan Eduardo Cirlot, *Introducción al Surrealismo*. A ese repertorio, que es un pequeño índice de la curiosidad crítica suscitada por esa escuela, hay que añadir un magnífico volumen traducido del inglés para la Editorial Zig-Zag, con el título de *Orígenes Literarios del Surrealismo*. Es un libro erudito y sabio, cuya autora es Anna Balakian, quien sabe animarlo con sus pintorescas indagaciones que revolucionan diversos conceptos. Por lo menos para el lector medio, que no tiene tiempo de meter su cabeza en el frondoso bosque de la literatura contemporánea. Además, posee el mérito de iniciar una colección de ensayos que ensancharán la base de una empresa editora antigua y acreditada.

Se pueden discutir las últimas consecuencias del surrealismo, y muchos consideran a sus discípulos como alie-

* Zig-Zag, Santiago, 3 de agosto de 1957.

nados. Tiene que ver bastante con el mundo de los locos y los sueños. Han hecho prosperar las alucinaciones en un grado deslumbrante y desconcertador. Nadie olvida, tampoco, que André Breton siguió la carrera médica y recibió un hondo influjo sobre su pensamiento mientras residió en el centro psiquiátrico de la II Armada, en Saint-Dizier, durante la Primera Guerra Mundial. Aragon compartió con Breton esas preocupaciones, y analizó científicamente a los seres anormales.

Sin embargo, la impronta del surrealismo en la sensibilidad moderna es algo indiscutible. Por sus extrañas vías, la literatura y el arte actuales han conseguido asimilar lo inesperado e incorporarlo a la realidad habitual. De una manera más amplia, el surrealismo ha hecho prosperar todas las corrientes que pretenden manipular el inconsciente en lo cotidiano, e instaurar el predominio de lo irracional en el arte. El libro de Anna Balakian sirve admirablemente para ilustrar esta lucha y esclarecer sus más remotos antecedentes.

André Breton decía, en 1941, que los rasgos siguientes continúan siendo esenciales a la actividad surrealista: enajenación de la sensación, exploración profunda del *objective hazard* (azar objetivo) —término empleado por los surrealistas para describir las imprevistas y aparentemente ilógicas fuerzas que controlan la sucesión de acontecimientos—, y “la gran tradición moderna”, como expresa él, que originaron los versos de Baudelaire:

Plonger au fond du gouffre, Enfer ou Ciel, qu'importe!

Au fond de l'Inconnu pour trouver le nouveau!

Esta búsqueda de lo desconocido, este combate contra las limitaciones impuestas por la sociedad constituyen el encanto y el interés de la obra de Anna Balakian. En el primer capítulo estudia la “superrealidad” y persigue al movimiento surrealista cuando su rebelión no se dirige realmente contra el mundo de la materia, contra lo con-

creto, sino contra el modo de asir la materia concreta; es decir, por medio de la razón y el pensamiento lógico, basados en el concepto de orden, ya sea que se trate de percibir la naturaleza o de imaginar lo "irreal" de la eternidad. (Página 23). En el capítulo segundo, Anna Balakian considera el interesante problema de las influencias románticas en su aguda investigación acerca de las fuentes literarias del surrealismo. Brotan sorprendentes resultados. Ya Balzac, anticipándose a los surrealistas, tendía a considerar la locura como una expresión del contacto humano con el infinito. Achim von Arnim, Hölderlin y Novalis aparecen, a menudo, en los escritos de Breton y de otros de sus compañeros de tendencia. Estudiándolos, se puede ver entonces la extensión de la onda de influencia que desarrollaron. Novalis expresaba, como ha subrayado Cirlot, que son dos los caminos para adquirir conocimiento: uno de ellos es el de la ciencia; el otro, el de la intuición mágica y poética. En este libro se demuestra que Arnim y Nerval, más que muchos de los restantes románticos, han abierto la senda hacia una nueva representación de lo sobrenatural. Nerval, se apunta, raramente sacrifica su equilibrio literario y coherencia artística a su aberración mental. Encontraba, como posteriormente lo hizo Lautréamont, a Dios en su propio ser; pero, a diferencia de este último, Nerval asociaba lo bueno que había en él con Dios y sentía que Dios le había abandonado porque él había sido indigno. (Página 69). Muy luego vemos que todavía se recorrerá un extenso camino para acercarse al estado de ánimo colectivo que da nacimiento al surrealismo. El romanticismo surge entonces como un fondo, un proscenio terrible, aunque pasivo, que hará resaltar más agudamente a aquellos que suban a la escena.

Entonces aparece Baudelaire, celebrado en estos días por el centenario de *Las Flores del Mal*. No es exagerado afirmar que toda la poesía moderna va a nacer de su estímulo, de su tremendo destino y grandeza sin par. De su estética, que todavía influye decisivamente, van a par-

tir dos vertientes: una que estará constituida por los amigos del "arte puro", de Mallarmé a Paul Valéry, y otra integrada por los "visionarios", la que desemboca en el surrealismo, pasando por los dos grandes poetas analizados por Anna Balakian, Arthur Rimbaud e Isidore Ducasse, conocido por Conde de Lautréamont.

Aquí se palpa cómo cierto misticismo extremo e incondicional, en ciertos poemas de Baudelaire, iba acompañando por los primeros síntomas de las características tan notorias en los surrealistas: una tendencia antisocial, antinatural, unida a un deseo orientado a destruir los valores humanos obvios y aceptados. (Página 85). Es también la senda que toma Lautréamont y lo conduce a lo aberrante y el culto del mal. Idéntica ruta seguirá Rimbaud en su *Viaje al Infierno*, lo mismo que una vasta sucesión de poetas en un esfuerzo supremo por revitalizar la poesía.

En Rimbaud y Lautréamont, como más tarde en Breton y en Tzara, se hace visible el espíritu de subversión, hasta adquirir formas vindicativas. En cierto modo, cada poeta se siente lacerado por el dolor de sus antecesores espirituales. El primero desconoció el amor y la alegría; el segundo extendió con los *Chants de Maldoror* un potente soplo de poesía no oída hasta entonces. Era una criatura extraña lanzada desde nuestro continente hasta Europa, que se expresaba en una especie de mensaje desconcertante y frenético. Albert Thibaudet lo consideraba una mezcla de ídolo precolombino y serpiente de mar.

Mientras tanto, se va produciendo lentamente un cambio de punto de vista en la sensibilidad, como en el ejemplo de Nerval y los poetas posteriores.

Mientras el simbolismo confía en la representación, el surrealismo la sacrificará, si es indispensable, en su esfuerzo por llegar a asir la esencia de la realidad.

Mucho más denso es el capítulo cuarto del libro de Anna Balakian: se titula *Una Crisis Espiritual*. Describe la crisis espiritual general que se provocó por las repercusiones del positivismo de Augusto Comte, y también por

el método experimental en la fisiología que imperó en la segunda mitad del siglo pasado.

Es significativo el alcance que tuvo Mallarmé, no siempre bien estudiado, al publicar *Igitur*, que es la primera creación poética sustentada por entero en el misticismo materialista que resultó después la base del surrealismo, y que durante tres generaciones líricas reemplazará al concepto de inmortalidad, a través del cual ellas concebían lo absoluto. Esta crisis espiritual se resume, a juicio de Anna Balakian, en las siguientes características capitales que delatan un cambio en el misticismo del artista: Primera. Una tendencia a menospreciar el fenómeno natural y a rehusar su imitación en el arte, despojándolo de los conceptos de tiempo, espacio y movimiento. Segunda. Una inclinación a lo deshumanizado, por medio del alejamiento de las emociones humanas, que se expresa en el repudio de la felicidad humana y en la adquisición de tendencias antisociales; y un rechazo de ciertos procesos mentales: percepciones razonables, memoria. Tercera. Un cambio en la noción de eternidad, liberando este concepto del de inmortalidad personal: considerando la eternidad como una distorsión en vez de una evolución o perfeccionamiento de las entidades naturales, buscándola en la materia en lugar de considerar lo absoluto como la antítesis de la materia.

Más adelante se sintetizan otros aspectos del surrealismo, que dan una síntesis notable de uno de los fenómenos más desconcertantes de la sociedad contemporánea. Es imposible resumir toda la riqueza de puntos de vista y de enseñanzas que contiene la obra de Anna Balakian, que completa las muy excelentes de Cirlot y Roger. Creo que basta con recomendarla por su utilidad práctica, y porque servirá con holgura a los que deseen penetrar en los misterios de la poesía y el arte actuales.

Queda todavía un pequeño problema: ¿Es razonable decir en castellano surrealismo? En un reciente ensayo, Guillermo de Torre no concede importancia a los distin-

gos entre "surrealismo" y "superrealismo", y los califica de minucias críticas. La verdad es que los buenos escritores se han dividido escandalosamente entre ambas palabras, y no han resuelto aún la querrela filológica. Pero, como bien expresa Esteban Salazar Chapela, la prueba final de la eufonía de un vocablo son los versos de ocho y de once sílabas. Encuentra entonces que la palabra surrealismo cae con naturalidad en estos curiosos octosílabos:

—Surrealismo, ¿qué me dices?

¿Qué me dices, surrealismo?

—Que el surrealismo es lo mismo
que un rostro con diez narices.

Por lo demás, hasta hoy, el vocablo "surrealismo" va ganando la batalla y cuenta con más autoridades literarias en su favor.

EL TEMA DE DON JUAN Y SUS DERIVACIONES MODERNAS *

Cada cierto tiempo se renueva el debate acerca de Don Juan, desde su origen hasta sus inesperadas desviaciones modernas. Doña Blanca de los Ríos refutó primero y rememoró después, al morir éste, a Arturo Farinelli, por su propósito de desespañolizar a Don Juan fundándose en una contradicción cronológica, que tendía a italianizarlo. En la actualidad, se acepta, generalmente, que los motivos generadores de *El burlador de Sevilla y Convidado de Piedra* surgen ya unidos en remotas composiciones de la musa popular española. Además, el remate dramático de la leyenda de Don Juan, el convite hecho a un difunto, es tema abundantísimo en el folklore. Ninguno de los aportes eruditos de Farinelli logró, pues, desbaratar la originalidad hispánica del personaje legendario, como lo han demostrado, hasta la saciedad, don Ramón Menéndez Pidal y doña Blanca de los Ríos. El camino que recorre el asunto más tarde es de los más apasionantes que se registran en la historia de las literaturas modernas. Hay decenas de libros y de estudios, de los que conocemos la mayoría, que plantean el internacionalismo de un argumento de germen tradicional, fecundado y ampliado por diversas plumas en el teatro, en la novela, en la poesía y todavía en el ensayo.

Si es grande el influjo de Cervantes en el *Tom Jones*, de Fielding, en *Roderick Random*, de Smollet, y en *Tristan Shandy*, de Sterne, aparte de otras derivaciones europeas del *Quijote*, no es menos anchurosa la huella dejada por Tirso de Molina en la imaginación de diversos

* *La Nación*, Santiago, 5 de septiembre de 1948, pág. 2.

autores que multiplicaron, deformaron o ampliaron la imagen de Don Juan. Desde Molière, pasando por el romántico y desbordado Lord Byron, hasta los contemporáneos Benavente, Pérez de Ayala, Hernández Catá, Jacinto Grau, Rostand, Bernard Shaw, Milocz, Azorín y Lenormand, se renueva un tema que alcanza, en sus últimas expresiones, hasta la biología y el psicoanálisis.

El asunto es tentador, la cantera es riquísima, las resonancias suscitadas son incalculables desde el día en que un mercedario de genio alcanza a incorporar al teatro su creación perfecta y perdurable. El 15 de febrero de 1665, el Palais-Royal daba *Don Juan o el Convidado de Piedra*, de Molière, que es un ataque resuelto a la hipocresía, obra más atrevida que *Tartufo* por su concepción y su libertino acento, estudiada, entre otros, por André Villiers y Ramón Fernández.

Con Molière entra el filosofismo en el teatro y Don Juan surge revestido con ropajes filosóficos, precursores de la moda de la ilustración. La escena rápida e intensa en que Don Juan, el Pobre y Sganarelle son protagonistas de una lucha entre la necesidad de oro del mendigo y un sentimiento respetable, en que el dinero no corrompe al limosnero, alcanzó a perfilar una actitud curiosa del dramaturgo que ya se asoma a lo moderno. Por un lado, tenemos a Don Juan dando, por fin, su luis de oro al Pobre, el cual prefiere morir de hambre antes de blasfemar, y como corolario de lo anterior la declaración del burlador libertino que es ésta: "*Va, va, je te le donne pour l'amour de l'humanité*". La audacia de Molière le valió que su obra, representada quince veces, fuese interrumpida por una orden superior y sólo se publicara después de su muerte.

Si para muchos, Don Juan es el tipo representativo de la masculinidad, para otros es su desviación más lamentable. Unamuno veía en el donjuanismo una deformación de la hombría, una caricatura penosa del varón. A medida que éste se sumerge en la atmósfera grata y

frívola del trato femenino, pierde sus atributos y es un simple reflejo de las pasiones y de los caprichos de las mujeres. Tenemos, además, un Don Juan que, dentro de la moda presente, puede ser un existencialista: es el que pintó magníficamente Kierkegaard en el "*Diario de Juan el Seductor*", el último de una serie de oradores brillantes que intervienen en "*El banquete*". Este personaje relata cómo los dioses temieron que el varón, el hombre primitivo y elemental, acaso no consintiera en someterse a su yugo imperioso y acaso quisiera hacer tambalear el cielo. Por la fuerza entonces no es posible sojuzgarle, por lo cual los dioses crearon la mujer para hechizarle y "enredarle en todas las pequeñeces y prolijidades de lo finito".

El cebo actúa en los varones, pero no siempre. En todas las épocas surgen individuos egregios, varones esenciales que perciben la trampa y la rehúyen a tiempo. Aquí actúa en Kierkegaard una idea desarrollada por Shopenhauer, pero la belleza del estilo y la profundidad de los conceptos del escritor danés se mezclan con una admirable penetración psicológica. Las contradicciones del amor son sutilmente analizadas por Kierkegaard, quien destaca que los amantes cuando creen complementarse y encontrarse, pensando que forman un todo, sólo están desempeñando un papel menos sublime, pues, en lugar de vivir uno para otro, viven para la especie, sin sospecharlo. La imagen atrevida de Don Juan ha sido sometida aquí a las leyes biológicas más inflexibles, con clara intuición de lo que más adelante desmenuzarán los psicoanalistas.

No siempre se ha logrado conciliar la imagen tradicional de Don Juan con las complejidades del mundo moderno. Sin embargo, ciertos elementos antiguos siguen obrando, a través de los siglos, hasta arraigarse en las versiones renovadas del donjuanismo. Bernard Shaw movió a su Don Juan como a un pelele, cuyos movimientos maneja la mujer, como a ella se le ocurre. Con Lenormand, freudiano antes de conocer a Freud, como lo atestigua Paul Blanchard en su libro *Le Théâtre de H. R. Lenor-*

mand, alcanzamos un plano de gran maestría en el tratamiento del tema. En *L'Homme Et Ses Fantomes*, el prestigio varonil de Don Juan recibe un golpe más rudo aún que el que le dieron, por diversas vías, Unamuno y Gregorio Marañón. Existe en la magistral pieza un momento de plenitud escénica, de gran intensidad, en que parece descubrirse el secreto del donjuanismo. Luc de Bronte, al que ya hemos conocido en *Le Mangeur de Reves*, hace de razonador en el drama y llama a juicio al personaje, reencarnado con perfiles modernos. Oigamos a De Bronte: "*Chez Don Juan, le corps est male a l'âme femelle... Son corps réclame la femme, et son âme, l'homme. Il cherche dans la femme le fantome de l'homme. C'est pour cela que chacune de ses victoires est une défaite intime... C'est pour cela qu'il fuit les femmes, dans sa rage de le trouver riches d'un trésor qu'il ne possèdera jamais. Il les hait d'une haine de pauvre et leur inflige des souffrances qui le consolent des siennes. Il se venge sur elles de son impuissance au bonheur. Quand il leur ment, c'est lui-même qu' il cherche à tromper*". Don Juan ha perseguido la felicidad, pero sólo ha encontrado la soledad. Acostarse con todas las mujeres, dice Lenormand, es no acostarse con ninguna. Por eso Don Juan es un solitario.

Llegamos a un punto más escabroso todavía: Don Juan no es un enfermo, sino una vacilación permanente de la naturaleza. La homosexualidad de Don Juan es la etapa última de una apasionadora leyenda.

Contra *L'Homme Et Ses Fantomes*, pieza representada en 1924, parece reaccionar el escritor español Jacinto Grau, con sus dos versiones donjuanescas: *Don Juan de Carillana* (1913) y *El Burlador que no se burla* (1930). La reacción, naturalmente, se expresa concreta en la segunda obra, la más aguzada reivindicación de la virilidad, de la varonía de Don Juan, contra su impugnador Marañón y también en presencia de la obra de Lenormand, conocida ya por Grau, cuyo teatro ha alcanzado gran categoría en los escenarios europeos de París y de Praga, más que en su

propia patria. Dice Grau que Don Juan, como otros personajes vigorosos y representativos, tiene dos vidas: la propia y la que le cuelgan en sucesivos modos de verla. El Don Juan de Grau tiene siempre el alma, el sexo y la vida a flor de piel. Cree también el gran dramaturgo que las interpretaciones sucesivas han desvirtuado la estampa castiza, de gallo alerta, de Don Juan. Reivindica en su magnífica obra lo que otros, por los caminos del psicoanálisis y del moralismo, han desfigurado hasta ponerlo en un plano intersexual.

Comprendemos que el asunto es muy escabroso y no ha sido agotado, lo que demuestran los recientes y excelentes libros de André Villiers y Paul Blanchard, que actualizan el tema y exhiben sus ángulos más vigorosos en relación con los libertinos de la época de Molière y el psicoanálisis de Freud, que resultó una intuición en las piezas de Lenormand, el cual conoció al psiquiatra vienes muy tardíamente.

Diremos algo más para rematar estas observaciones desmañadas, simple esbozo de un problema que hemos desflorado en un esquemático artículo, solicitado para honrar la memoria egregia de Tirso de Molina. Don Juan ha pasado a América, siguiendo las aguas de su creador, quien estuvo en Santo Domingo entre 1616 y 1618. En la novela tenemos el *Juan Criollo*, de Carlos Loveira, admirable cuadro de la vida cubana suscitado por el naturalismo de su autor. Y en la novelística chilena, Marta Brunet nos presenta un Don Juan de pueblo, caricaturesco y parlanchín, el Pancho Ocares de *María Rosa, Flor del Quillén*, estampa criolla de inolvidable relieve en nuestras letras. Juan Barros en *Don Lindo*, preciosa novela corta, destaca un Don Juan campesino, hijo de un hombre feo, pero que salió agraciado y no deja mujer a la cual no seduce con sus artes de tenorio.

Lo que concibió Tirso de Molina en el siglo XVII ha caminado hasta hoy por caminos insospechados y a través de formas insólitas, como estas que todavía lozanean

en suelos que tifieron con sus voces americanas el estilo del fraile mercedario, como se puede observar en *La Villa-na de Vallecas* y la trilogía de los Pizarro, muestras excelentes de lo que el Nuevo Mundo imprimió en su aguda sensibilidad.